Verano/12



(Por Adriana Schettini) En los tiempos que corren son tan indispensables como la videocasetera, el yogur descremado y el lifting. Lo de ellos, después de todo, es una suerte de analgésico light para poder soportar desde los pequeños terremotos que sacuden la cotidianidad hasta los arrasadores terremotos biográficos capaces de dejar al más equilibrado de los neuróticos con el alma desvencijada y la impotencia en carne viva.

Los hay para todos los gustos, tendencias, ideologías, creencias y pesares. Con una precisión que dejaría pasmado al más académico de los lacanianos, patalean, blasfeman levantando su mirada al cielo, y hacen pucheros si se los denomina con un nombre inadecuado. Cada uno tiene su método de diagnóstico y su receta precisa y no están dispuestos a que se confunda su saber y su metodología con la de sus pseudocolegas, que para los espíritus advenedizos en estas lides no son lo mismo, pero es igual.

Con la despreocupación semántica que suele atacar a las almas desesperadas, sus consultantes los meten en la misma bolsa, los mezclan como si fueran cartas para un concurso de la tele y van sacándolos en una sucesión paciente y militante hasta encontrar al que se convierta en la llave capaz de abrir sus marañas existenciales y llevarles consuelo. Así apelando al viejo truco de ensayo-error, los ciudadanos de este agitado siglo XX pasean alternativamente sus miserias por brujos, adivinos, parapsicólogos, metapsicólogos, tarotistas, gurúes, magos, curanderos, astrólogos, chantas con avisos clasificados, videntes tuertos, magos con halo científico, gitanas con bola de cristal y manosantas verborrágicos. Cualquier mortal que prometa hacer lobby en el más allá y obtener un suculento botín de predicciones, vaticinios, profecías y adivinaciones. Cualquier vecino de este valle de lágrimas y despistes que por el módico precio que va desde los diez dólares hasta los trescientos esté dispuesto a alquilar su poder extraterrestre para hurgar el futuro ajeno.

Como si entraran al santuario de Delfos, versión fin de siglo, las almas en pena llegan a un coqueto monoambiente en Barrio Norte, a una vieja casona esotérica en San Telmo, al templo oriental de la otra cuadra, a una cueva de extramuros que amenaza derrumbe, y desembuchan sus preocupaciones a lágrima batiente. Es un desfile interminable de mujercitas con desencuentros almodovarianos en el corazón; políticos desconcertados por la fiebre periodística empeñada en sacar a la luz chanchullos que ellos hubieran preferido dejar en la burbuja de las acciones privadas de los hombres; esposas con cuernos incipientes; candidatos atemorizados por el maldito invento del voto castigo; amantes con la libreta de matrimonio en la mira; empleados con vocación de alpinistas que no consiguen alcanzar la cima de la montaña burocrática; ejecutivos con enredos de minifaldas y lencería fina; eternos derrotados por el bingo; perdedores crónicos en los concursos de gaseosas; madres martirizadas porque el nene no me estudia ni me trabaja; escritores con destino de best-seller y presente castrado por el síndrome de la página en blanco; cincuentonas incapaces de entender que sus maridos insistan en cambiar el adiposo trasero en baja que se les ofrece cama adentro por la jovencita de glúteos publicitarios que supieron conseguir en viaje de negocios.

A la hora de la verdad, poco importa si para espiar por la cerradura del porvenir el oráculo se vale de cartas españolas, cristales, cábalas, números, metales esotéricos, búhos, astros, intuiciones made in Lanús, ovnis, borra del café o un Movicom que comunica con Dios por línea privada. Al fin de cuentas, sólo se trata de conocer la propia suerte (si es que la hubiera) con la anticipación necesaria como para empezar a disfrutarla por adelantado.

DIVINO ANALGESICO

LA CASA DEL GATO

Marcos Mayer (1952) es crítico literario en **Página/12.** Esa vecindad, esa enemistad y ese amor por los libros lo llevan, de tarde en tarde, a ejercitar una desasosegada ficción, cuyo destino fatal es la basura. De allí fueron rescatadas estas páginas que forman parte de la autobiografía de vaya a saberse quién.

Por Marcos Mayer

A Mademoiselle Maudet

"En este mundo todos andamos muy ocupados construyendo Torres de Babel."

Robert L. Stevenson

Ustedes no conocen mi tono de voz ¿Cómo puedo hacer para explicárselos? Cuando puedo oírme en un casete suena como un maullido grave, como un ronroneo monótono que apenas puede entenderse. Eso me parece a mí, pero hay gente que dice que le gusta mi manera pausada de hablar. Me parece que se engañan, en realidad es un problema de respiración; manejo mal el aire que sale de mis pulmones. Tengo que pensar cada espiración y, a fuerza de pensarla, fui logrando un estilo de hablar, lento, entrecortado, que logra incluso parecer seguro. Pero, claro, ésa es una discusión en la que ustedes no pueden entrar. Nunca estuvieron allí para que les contara personalmente la historia de la azafata de los ojos azules, de su enamorado suizo y sobre todo la del gato con un nombre hebreo que parecía el de una mujer exótica y oriental. El hecho de que nunca hayan oído mi voz es todo un problema, porque adivino que es ésta una historia que requiere, para ser creída, e incluso entendida, la presencia de la voz del que la cuenta y, de ser posible, de mi propia voz, esta que trato de contarles. Imaginen un tono bajo ligeramente acelerado, o mejor una voz aguda agonizante por la pérdida súbita de velocidad. Sí, pueden decir, ésas son palabras que dicen poco, poco exactas. Algo más. Piensen que si intentara ser locutor sería un fracaso, que si quisiera cantar no podrían soportarlo mucho tiempo, que si les susurrara al oído lograría seducirlos, que si los amenazara se reirían de mí, que si los adulara me creerían, que si les gritara no me temerían. No puedo decirles más sobre mi voz, así que empiezo a contarles la historia.

La casa, como de costumbre, apestaba a lavandina, porque es lo único de verdad que puede con el pis de gato. Ni el desodorante de ambientes, ni los limpiadores, ni el detergente, ni los desinfectantes. Sólo lavandina, que cuando se deja caer sobre la orina se desparrama en medio de un estallido espumoso y chirriante. Debe ser el contacto del amoníaco con el cloro, digo, porque, al fin y al cabo, todo se puede explicar por la química. Era un día de verano, lluvioso, y no había viento para llevarse el olor de la lavandina pero el suizo que me miraba, sentado en el borde del sillón, no registraba nada de ese tipo de sensaciones. Ni el tufo, ni el calor, ni siquiera las gotas de lluvia que le caían del pelo rubio, casi blanco por el efecto de los rayos del sol. No me acuerdo bien de su nombre, el que me viene a la cabeza es Gerard, tal vez porque tenía un aire a Gerard Philipe, o me transmitió algo de su fragilidad mientras tenía entre las manos dos hojas de papel. Era un fax que le había enviado Ana Adela y que había recorrido el camino entre Buenos Aires y Ginebra, en el que le comunicaba, en una prosa llorosa (recuerdo frases como "el amor no vive de la seguridad" o "a la distancia tu imagen se me esfuma"), que había vuelto a enamorarse de su ex marido (un sujeto violento, además de pintor fracasado) y que prefería quedarse a lamentar el futuro que se les había terminado para siempre, al menos en lo que afectaba a su vida en común.

Gerard me miraba y en un castellano dificultoso me exigía explicaciones a la actitud de Ana Adela, datos sobre su paradero, estrategias para reconquistarla. Había viajado más de veinte horas para eso y yo no tenía respuestas para arrimarle, si es que sus preguntas buscaban alguna. Ni siquiera tenía demasiada voluntad de consolarlo. Me cansaba estar en el medio de esa historia, de tener que ver cómo exponía su dolor sin ninguna vergüenza, porque me consideraba un desconocido y, además, extranjero. Yo se lo hacía todo fácil, como al fin y al cabo hice con todo el mundo. Lo único que me salió decirle fue: "Bueno, ya sabés cómo es Ana Adela". Y sin querer imité su tono suizo. No sé si él sabía, yo ni medio.

Claro que ya va siendo hora de que les explique qué hacía yo en todo ese paso de tragicomedia. Es una larga historia que simplemente por amabilidad trataré de hacerles breve. Les aseguro que nunca me lo agradecerán lo suficiente, porque si esta historia se contara con todos sus detalles, con sus derivaciones, causas y consecuencias, con sus re-



LA CASA DEL GATO

A Mademoiselle Maudet

"En este mundo todos andamos muy ocupados construyendo Torres de Babel."

Robert L. Stevenson

Marcos Mayer (1952) es crítico literario en **Página/12.** Esa vecindad, esa enemistad y ese amor por los libros lo llevan, de tarde en tarde, a ejercitar una desasosegada ficción, cuyo destino fatal es la basura. De allí fueron rescatadas estas páginas que forman parte de la autobiografía de vaya a saberse quién.

Por Marcos Mayer



Ustedes no conocen mi tono de voz ¿Cómo puedo hacer para explicárselos? Cuando puedo oírme en un casete suena como un maullido grave, como un ronroneo monótono que apenas puede entenderse. Eso me parece a mí, pero hay gente que dice que le gusta mi manera pausada de hablar. Me parece que se engañan, en realidad es un problema de respiración; manejo mal el aire que sale de mis pulmones. Tengo que pensar cada espiración y, a fuerza de pensarla, fui logrando un estilo de hablar, lento, entrecortado, que logra incluso parecer seguro. Pero, claro, ésa es una discusión en la que ustedes no pueden entrar. Nunca estuvieron allí para que les contara personalmente la historia de la azafata de los ojos azules, de su enamorado suizo y sobre todo la del gato con un nombre hebreo que parecía el de una mujer exótica y oriental. El hecho de que nunca hayan oído mi voz es todo un problema, porque adivino que es ésta una historia que requiere, para ser creída, e incluso entendida, la presencia de la voz del que la cuenta y, de ser posible, de mi propia voz, esta que trato de contarles. Imaginen un tono bajo ligeramente acelerado, o mejor una voz aguda agonizante por la pérdida súbita de velocidad. Sí, pueden decir, ésas son palabras que dicen poco, poco exactas. Algo más. Piensen que si intentara ser locutor sería un fracaso, que si quisiera cantar no podrían soportarlo mucho tiempo, que si les susurrara al oído lograría seducirlos, que si los amenazara se reirían de mí, que si los adulara me creerían, que si les gritara no me temerían. No puedo decirles más sobre mi voz, así que empiezo a contarles la historia.

La casa, como de costumbre, apestaba a lavandina, porque es lo único de verdad que puede con el pis de gato. Ni el desodorante de ambientes, ni los limpiadores, ni el detergente, ni los desinfectantes. Sólo lavandina, que cuando se deja caer sobre la orina se desparrama en medio de un estallido espumoso y chirriante. Debe ser el contacto del amoníaco con el cloro, digo, porque, al fin y al cabo, todo se puede explicar por la química. Era un día de verano, lluvioso, y no había viento para llevarse el olor de la lavandina pero el suizo que me miraba, sentado en el borde del sillón, no registraba nada de ese tipo de sensaciones. Ni el tufo, ni el calor, ni siquiera las gotas de lluvia que le caían del pelo rubio, casi blanco por el efecto de los rayos del sol. No me acuerdo bien de su nombre, el que me viene a la cabeza es Gerard, tal vez porque tenía un aire a Gerard Philipe, o me transmitió algo de su fragilidad mientras tenía entre las manos dos hojas de papel. Era un fax que le había enviado Ana Adela y que había recorrido el camino entre Buenos Aires y Ginebra, en el que le comunicaba, en una prosa llorosa (recuerdo frases como "el amor no vive de la seguridad" o "a la distancia tu imagen se me esfuma"), que había vuelto a enamorarse de su ex marido (un sujeto violento, además de pintor fracasado) y que prefería quedarse a lamentar el futuro que se les había terminado para siempre, al menos en lo que afectaba a su vida en común.

Gerard me miraba y en un castellano dificultoso me exigía explicaciones a la actitud de Ana Adela, datos sobre su paradero, estrategias para reconquistarla. Había viajado más de veinte horas para eso y yo no tenía respuestas para arrimarle, si es que sus preguntas buscaban alguna. Ni siquiera tenía demasiada voluntad de consolarlo. Me cansaba estar en el medio de esa historia, de tener que ver cómo exponía su dolor sin ninguna vergüenza, porque me consideraba un desconocido y, además, extranjero. Yo se lo hacía todo fácil, como al fin y al cabo hice con todo el mundo. Lo único que me salió decirle fue: "Bueno, ya sabés cómo es Ana Adela". Y sin querer imité su tono suizo. No sé si él sabía, yo ni medio.

Claro que ya va siendo hora de que les explique qué hacía yo en todo ese paso de tragicomedia. Es una larga historia que simplemente por amabilidad trataré de hacerles breve. Les aseguro que nunca me lo agradecerán lo suficiente, porque si esta historia se contara con todos sus detalles, con sus derivaciones, causas y consecuencias, con sus repeticiones y rutinas (y no hay, en realidad, otra manera en que se pueda entender todo) sería de una longitud inenarrable (la longitud, no la historia). Entonces ahí va un resumen y, de verdad, es una lástima que no conozcan ustedes mi voz, porque de haber estado juntos podrían interrumpirme y pedir las aclaraciones del caso.

Acababa de separarme y como es habitual en Buenos Aires no se conseguía un departamento para alquilar ni en broma. Me pasé unos tres meses en casas de amigos —viviendo de prestado, como se suele decir— hasta que una alumna me trajo una noticia alentadora. Tenía (pues se separaría a los dos meses de casarse, después de haber convivido con su novio por años) una cuñada azafata que andaba necesitando alguien que se quedara a cuidar de su gato durante un largo viaje. La oportunidad era perfecta y me permitía, además, ser amable. Hice que dudaba y finalmente conocí a Ana Adela, la dueña de la casa, durante el fracasado casamiento de mi alumna en una cantina de la calle Córdoba. Me impactó enseguida. Tanto su elegancia como su rapidez para hablar y gesticular. Pero sobre todo unos ojos azules, interminables, sobre un rostro pequeño de labios finos y pelo cortado a la garçone, muy parecida a Mary Astor, haciendo el papel de la pianista ególatra en *La Mentira* junto a Bette Davis. Los dos nos caímos bien y estábamos, por otra parte, apurados por ponernos de acuerdo, así que no hubo demasiadas explicaciones, sólo intercambio de teléfonos, direcciones y fechas.

El día convenido llegué al departamento, en un tercer piso por escaleras frente a un colegio de curas. Había un estilo en sus paredes blancas con grandes cuadros de marcos grises que rodeaban fotos de Nueva York y de París, en los muebles de pino lustrado y hasta en el desorden colosal que hablaba de años de entrar y salir trayendo cosas de los viajes. Sobre un sofá estaba el gato, seguramente quieto hasta que me vio llegar. En cuanto me acomodé en un sillón se subió a mi falda y se dejó acariciar. Al rato se tiró boca arriba en el piso para que le pasara la mano por la panza. Mientras tanto Ana Adela me hablaba y me convencía de la belleza de sus ojos azules y de la conveniencia del arreglo que íbamos a hacer, dejando traslucir que le encantaba la idea de que alguien como yo quedara a cargo de todo. Fue un flechazo instantáneo, aunque no como lo piensan ustedes. Encajábamos el uno con el otro, yo sedentario, suave, tímido, ella arrebatada, siempre pronta a partir, acelerada, simpática a más no poder. Yo había logrado transferirle cierta falta de curiosidad como para que sintiera que su intimidad quedaba protegida, ya que la iba a dejar a la vista de un extraño. Funcionaba como desnudarse ante un médico desconocido y distante que mira un cuerpo, que en otras circunstancias sería deseable, como un objeto dejado al azar en un museo.

Claro que para que ese clima fuera posible fue crucial la intervención del gato. Ana Adela sonrió y dijo: "Veo que se llevan bien". El pacto estaba sellado. Debería haber sospechado de tanta perfección, pero caí en una trampa fácil para todos aquellos que nunca han tenido animales: tragarse la mentira moderna de que los bichos tienen algo así como un carácter, una psicología. Una mitología propalada por los que conviven con animales: que si aúlla es porque se siente solo, que se está adaptando, que nota un aire raro en la casa, que percibe y sufre los conflictos de su amo. Lo único que puedo decir a mi favor es que es muy fácil caer en la trampa. ¿Cómo aceptar la idea de que un ser que se mueve, que desprende calor, que tiene, aunque sea mínima, una variación en los ruidos que produce, que parece sufrir el hambre, la violencia y los cambios de clima, no tiene nada en la cabeza? ¿Que existen, en definitiva, otra clase de seres, que no son ni piedras ni plantas, que tienen una forma de vida sin ideas, que son puras sensaciones dispersas e insensatas, que no tienen más intención sobre este mundo que vivir, alimentarse, dormir y hacer sus necesidades? Pura fisiología, al fin y al cabo. Transformación de la materia. Recién hoy, a unos pocos meses de haberme mudado me di cuenta de que todo era una farsa creída por todos los que participábamos. Ni el departamento era de Ana Adela, ni siquiera se trataba de un departamento, sino de un territorio ocupado y apropiado por el gato que se llamaba (o se llama, en mis encuentros con Ana Adela jamás se habla de él) Beshjaná.

El gato debía semejante nombre a una supuesta ciudad israelí, descubierta por Ana Adela en un mapa del Mediterráneo. Mauricio, ávido lector del hebreo, me explicó que se podía traducir, casi exactamente, como las puertas del año. Para mí fueron las puertas del infierno. Como un simple ejemplo vuelvo a traer el asunto de la lavandina, que me costó además varios pantalones. Porque bastaba que viniera la mujer de la limpieza para que al día siguiente el gato orinara el living, o la cocina o el baño (pero nunca en su cajón de piedritas absorbentes). Al contemplar el lago amarillento sobre el azulejo o el parquet me dominaba un odio feroz que no se calmaba persiguiendo a patadas al gato y seguía cuando desparramaba con furor medio frasco de lavandina sobe la orina, sin evitar que alguna gota destiñera mis pantalones. No era esto lo único que debía soportar. También hallaba oscuros sólidos en la bañadera, en el living debajo de la mesa, en el balcón junto a las plantas, o tenía que soportar algún destemplado concierto de maullidos a las cuatro de la madrugada. Pero no quisiera abundar en recuerdos poco gratos de escribir y, supongo, de leer. Sólo decir que atrapado en el mito de la psicología animal hacía infinitas consultas, cuya respuesta apuntaba a que yo exageraba (por falta de costumbre) o a la incomprensión "porque los gatos son muy limpios".

Ya llevaba seis meses conviviendo con Beshjaná cuando tocó el timbre el suizo traído y paseado por un taxi. Desde arriba se sintió el portazo contra el auto, pero después de subir los tres pisos ya era todo suavidad. Yo ya sabía parte de la historia: que el suizo era notablemente rico, que era, previsiblemente, hijo de un fabricante de relojes, que trabajaba seis meses al año para la UNICEF en el Africa meridional y la otra mitad la dedicaba al yachting por el norte de España.

Claro que, como siempre sucedía en esa casa, todo tenía que ver con el gato. Gerard había conocido a Ana Adela en el aeropuerto de París, después de preguntarle por una estación de metro. Había quedado impresionado, más que por la elegancia de su figura, un poco derrotada por las largas horas de vuelo, por el hecho de que ella estuviera leyendo a Alfred Jarry en francés. Decidió seguirla por las calles de París, entró detrás de ella al Fnac y la contempló mientras revolvía compacts en la sección de jazz. Ana Adela se dirigió a la caja después de elegir tres, sin mayores dudas: *Kind of blue* de Miles Davis, *New conceptions* de Bill Evans y una selección de temas de Billie Holliday. Al verla apoyada contra el mostrador, Gerard descubrió las piernas de Ana Adela, finas elevaciones sobre tacos aguja, y eran las tres de la tarde. Sus piernas, y debí contárselos antes, eran la pura elegancia. Soportaban su cuerpo menudo y lo convertían en una elevación sin fin. No es que Ana Adela sea alta, sus piernas la convierten en una mujer alta. Buena literatura, buena música, buenas piernas. La combinación con la que Gerard creyó, en ese momento, haber soñado desde siempre en los cantones suizos donde transcurría su vida en días exactos, limpios, de ese tipo de limpieza que se suele asociar, equivocadamente, con el hielo.

Todo lo demás fue planes, romance y champagne francés. Como en una de esas elegantes películas con Mary Astor, a quien, como ya dije, Ana Adela se parecía tan exactamente. Aunque le gustaban, más que a Mary, los chistes bien contados, aunque no los festejara, y la marihuana. Por casualidad, descubrí en un cajón una foto de Ana Adela fumando un porro del grosor del dedo de un pianista de jazz. Claro, así se entiende, sólo porros como ésos son capaces de llevar al encuentro de un suizo millonario, hermoso y sensible. No hay otra vía que la marihuana cuando se vive en un barrio de Buenos Aires. El suizo era un personaje de película psicodélica, una aparición entre las brumas de un buen trip.

En medio del romance, de París, de algunas noches intensas, Ana Adela soñó con cambiar de vida. Pero había un problema: Gerard era alérgico a los gatos. La presencia de Beshjaná (rebautizado por uno de mis amigos, enamorado, por entonces, de la sonoridad de las palabras, como BarMitzvá) cerraba las puertas a esa felicidad increíble. Claro, cuando aparecí yo todo parecía volverse más claro. Yo podría pagar con pesadillas el cumplimiento del sueño interoceánico. Todo era perfecto, demasiado perfecto, demasiada marihuana. Demasiada para tantas aprensiones por un animal, En la casa no había siquiera un puñadito de grass para incluirme en la fiesta del porro. A mí me tocaba la parte de la realidad. Ya no sé si las alucinaciones conducen el error, o es al revés. Voy a intentar explicarme y en este momento se me aparecen varias imágenes. Unas fotos rotas, el gato huyendo de mis ataques de furia, mis valijas en la puerta.

Junto a la foto del porro había varias otras fotos rotas con desprolijidad. Las fotos rotas se guardan para mantener vivo el recuerdo del momento en que fueron destruidas. Como quien tiene en su casa una urna con las cenizas de un muerto. La otra mitad se me apareció un día de la mano de Ana Adela. Era Aníbal, un rufián de clase alta, con una vaga idea de que lo tenía todo claro. El tipo de personas que detesto, que creen tener el secreto del libreto de la vida.Tuve que condescender a la amabilidad y a rescatar recuerdos de buen humor de otras épocas. Aníbal, la violencia, el suizo, la paz. En ese momento, al compararlos, sentí que no quería a ninguno de los dos para Ana Adela. Y justo cuando lo pensaba ella me miró fijamente. Fue apenas un instante, pero sentí que me daba la razón y que, fugazmente, me había amado. Pero se fue con ese remedo de seguridad que le ofrecía Aníbal y los mamarrachos que pintaba y con los que aspiraba a artista de vanguardia.

Así fue como me quedé a darle explicaciones al suizo, en homenaje a ese breve instante en que nos habíamos amado. Después que Gerard recibió mis palabras de consuelo, miré al gato que me maulló y llamé a Ana Adela. Estaba puesto el contestador con la voz arrugada de Aníbal. Casi cuelgo, pero se me ocurrió un mensaje, casi a último momento: "Misión cumplida".

Me fui al cuarto y empecé a vaciar los placards y el gato tras de mí. Me siguió al baño mientras buscaba mis cosas en el botiquín y no me abandonó hasta que las valijas estuvieron listas. Era el día posterior a Navidad y se me ocurrió que el gato merecía una despedida. Bajé al quiosco y compré petardos, cohetes y ametralladoras. Me pasé media hora abrumando al gato con explosiones, ruidos y luces que estallaban a su alrededor. Cuando me dí cuenta de que había más olor a pólvora que a lavandina, me colgué un bolso del hombro, cargué mis dos valijas y puse la llave debajo del felpudo por si alguien quería volver a entrar a la mansión de Beshjaná.



peticiones y rutinas (y no hay, en realidad, otra manera en que se pueda entender todo) sería de una longitud inenarrable (la longiud, no la historia). Entonces ahí va un resumen y, de verdad, es una lástima que no conozcan ustedes mi voz, porque de haber estado juntos podrían interrumpirme y pedir las aclaraciones del caso.

Acababa de separarme y como es habitual en Buenos Aires no se conseguía un departamento para alquilar ni en broma. Me pasé unos tres meses en casas de amigos —viviendo de prestado, como se suele decir— hasta que una alumna me trajo una noticia alentadora. Tenía (pues se separaría a los dos meses de casarse, después de haber convivido con su novio por años) una cuñada azafata que andaba necesitando alguien que se quedara a cuidar de su gato durante un largo viaje. La oportunidad era perfecta y me permitía, además, ser amable. Hice que dudaba y finalmente conocí a Ana Adela, la dueña de la casa, durante el fracasado casamiento de mi alumna en una cantina de la calle Córdoba. Me impactó enseguida. Tanto su elegancia como su rapidez para hablar y gesticular. Pero sobre todo unos ojos azules, interminables, sobre un rostro pequeño de labios finos y pelo cortado a la garçone, muy parecida a Mary Astor, haciendo el papel de la pianista ególatra en *La Mentira* junto a Bette Davis. Los dos nos caímos bien y estábamos, por otra parte, apurados por ponernos de acuerdo, así que no hubo demasiadas explicaciones, sólo intercambio de teléfonos, direcciones y fechas.

El día convenido llegué al departamento, en un tercer piso por escaleras frente a un colegio de curas. Había un estilo en sus paredes blancas con grandes cuadros de marcos grises que rodeaban fotos de Nueva York y de París, en los muebles de pino lustrado y hasta en el desorden colosal que hablaba de años de entrar y salir trayendo cosas de los viajes. Sobre un sofá estaba el gato, seguramente quieto hasta que me vio llegar. En cuanto me acomodé en un sillón se subió a mi falda y se dejó acariciar. Al rato se tiró boca arriba en el piso para que le pasara la mano por la panza. Mientras tanto Ana Adela me hablaba y me convencía de la belleza de sus ojos azules y de la conveniencia del arreglo que íbamos a hacer, dejando traslucir que le encantaba la idea de que alguien como yo quedara a cargo de todo. Fue un flechazo instantáneo, aunque no como lo piensan ustedes. Encajábamos el uno con el otro, yo sedentario, suave, tímido, ella arrebatada, siempre pronta a partir, acelerada, simpática a más no poder. Yo había logrado transferirle cierta falta de curiosidad como para que sintiera que su intimidad quedaba protegida, ya que la iba a dejar a la vista de un extraño. Funcionaba como desnudarse ante un médico desconocido y distante que mira un cuerpo, que en otras circunstancias sería deseable, como un objeto dejado al azar en un museo.

Claro que para que ese clima fuera posible fue crucial la intervención del gato. Ana Adela sonrió y dijo: "Veo que se llevan bien". El pacto estaba sellado. Debería haber sospechado de tanta perfección, pero caí en una trampa fácil para todos aquellos que nunca han tenido animales: tragarse la mentira moderna de que los bichos tienen algo así como un carácter, una psicología. Una mitología propalada por los que conviven con animales: que si aúlla es porque se siente solo, que se está adaptando, que nota un aire raro en la casa, que percibe y sufre los conflictos de su amo. Lo único que puedo decir a mi favor es que es muy fácil caer en la trampa. ¿Cómo aceptar la idea de que un ser que se mueve, que desprende calor, que tiene, aunque sea mínima, una variación en los ruidos que produce, que parece sufrir el hambre, la violencia y los cambios de clima, no tiene nada en la cabeza? ¿Que existen, en definitiva, otra clase de seres, que no son ni piedras ni plantas, que tienen una forma de vida sin ideas, que son puras sensaciones dispersas e insensatas, que no tienen más intención sobre este mundo que vivir, alimentarse, dormir y hacer sus necesidades? Pura fisiología, al fin y al cabo. Transformación de la materia. Recién hoy, a unos pocos meses de haberme mudado me di cuenta de que todo era una farsa creída por todos los que participábamos. Ni el departamento era de Ana Adela, ni siquiera se trataba de un departamento, sino de un territorio ocupado y apropiado por el gato que se llamaba (o se llama, en mis encuentros con Ana Adela jamás se habla de él) Beshjaná.

El gato debía semejante nombre a una supuesta ciudad israelí, descubierta por Ana Adela en un mapa del Mediterráneo. Mauricio, ávido lector del hebreo, me explicó que se podía traducir, casi exactamente, como las puertas del año. Para mí fueron las puertas del infierno. Como un simple ejemplo vuelvo a traer el asunto de la lavandina, que me costó además varios pantalones. Porque bastaba que viniera la mujer de la limpieza para que al día siguiente el gato orinara el living, o la cocina o el baño (pero nunca en su cajón de piedritas absorbentes). Al contemplar el lago amarillento sobre el azulejo o el parquet me dominaba un odio feroz que no se calmaba persiguiendo a patadas al gato y seguía cuando desparramaba con furor medio frasco de lavandina sobe la orina, sin evitar que alguna gota destiñera mis pantalones. No era esto lo único que debía soportar. También hallaba oscuros sólidos en la bañadera, en el living debajo de la mesa, en el balcón junto a las plantas, o tenía que soportar algún destemplado concierto de maullidos a las cuatro de la madrugada. Pero no quisiera abundar en recuerdos poco gratos de escribir y, supongo, de leer. Sólo decir que atrapado en el mito de la psicología animal hacía infinitas consultas, cuya respuesta apuntaba a que yo exageraba (por falta de costumbre) o a la incomprensión "porque los gatos son muy limpios".

Ya llevaba seis meses conviviendo con Beshjaná cuando tocó el timbre el suizo traído y paseado por un taxi. Desde arriba se sintió el portazo contra el auto, pero después de subir los tres pisos ya era todo suavidad. Yo ya sabía parte de la historia: que el suizo era notablemente rico, que era, previsiblemente, hijo de un fabricante de relojes, que trabajaba seis meses al año para la UNICEF en el Africa meridional y la otra mitad la dedicaba al yachting por el norte de España.

Claro que, como siempre sucedía en esa casa, todo tenía que ver con el gato. Gerard había conocido a Ana Adela en el aeropuerto de París, después de preguntarle por una estación de metro. Había quedado impresionado, más que por la elegancia de su figura, un poco derrotada por las largas horas de vuelo, por el hecho de que ella estuviera leyendo a Alfred Jarry en francés. Decidió seguirla por las calles de París, entró detrás de ella al Fnac y la contempló mientras revolvía compacts en la sección de jazz. Ana Adela se dirigió a la caja después de elegir tres, sin mayores dudas: *Kind of blue* de Miles Davis, *New conceptions* de Bill Evans y una selección de temas de Billie Holliday. Al verla apoyada contra el mostrador, Gerard descubrió las piernas de Ana Adela, finas elevaciones sobre tacos aguja, y eran las tres de la tarde. Sus piernas, y debí contárselos antes, eran la pura elegancia. Soportaban su cuerpo menudo y lo convertían en una elevación sin fin. No es que Ana Adela sea alta, sus piernas la convierten en una mujer alta. Buena literatura, buena música, buenas piernas. La combinación con la que Gerard creyó, en ese momento, haber soñado desde siempre en los cantones suizos donde transcurría su vida en días exactos, limpios, de ese tipo de limpieza que se suele asociar, equivocadamente, con el hielo.

Todo lo demás fue planes, romance y champagne francés. Como en una de esas elegantes películas con Mary Astor, a quien, como ya dije, Ana Adela se parecía tan exactamente. Aunque le gustaban, más que a Mary, los chistes bien contados, aunque no los festejara, y la marihuana. Por casualidad, descubrí en un cajón una foto de Ana Adela fumando un porro del grosor del dedo de un pianista de jazz. Claro, así se entiende, sólo porros como ésos son capaces de llevar al encuentro de un suizo millonario, hermoso y sensible. No hay otra vía que la marihuana cuando se vive en un barrio de Buenos Aires. El suizo era un personaje de película psicodélica, una aparición entre las brumas de un buen trip.

En medio del romance, de París, de algunas noches intensas, Ana Adela soñó con cambiar de vida. Pero había un problema: Gerard era alérgico a los gatos. La presencia de Beshjaná (rebautizado por uno de mis amigos, enamorado, por entonces, de la sonoridad de las palabras, como BarMitzvá) cerraba las puertas a esa felicidad increíble. Claro, cuando aparecí yo todo parecía volverse más claro. Yo podría pagar con pesadillas el cumplimiento del sueño interoceánico. Todo era perfecto, demasiado perfecto, demasiada marihuana. Demasiada para tantas aprensiones por un animal. En la casa no había siquiera un puñadito de grass para incluirme en la fiesta del porro. A mí me tocaba la parte de la realidad. Ya no sé si las alucinaciones conducen el error, o es al revés. Voy a intentar explicarme y en este momento se me aparecen varias imágenes. Unas fotos rotas, el gato huyendo de mis ataques de furia, mis valijas en la puerta.

Junto a la foto del porro había varias otras fotos rotas con desprolijidad. Las fotos rotas se guardan para mantener vivo el recuerdo del momento en que fueron destruidas. Como quien tiene en su casa una urna con las cenizas de un muerto. La otra mitad se me apareció un día de la mano de Ana Adela. Era Aníbal, un rufián de clase alta, con una vaga idea de que lo tenía todo claro. El tipo de personas que detesto, que creen tener el secreto del libreto de la vida. Tuve que condescender a la amabilidad y a rescatar recuerdos de buen humor de otras épocas. Aníbal, la violencia, el suizo, la paz. En ese momento, al compararlos, sentí que no quería a ninguno de los dos para Ana Adela. Y justo cuando lo pensaba ella me miró fijamente. Fue apenas un instante, pero sentí que me daba la razón y que, fugazmente, me había amado. Pero se fue con ese remedo de seguridad que le ofrecía Aníbal y los mamarrachos que pintaba y con los que aspiraba a artista de vanguardia.

Así fue como me quedé a darle explicaciones al suizo, en homenaje a ese breve instante en que nos habíamos amado. Después que Gerard recibió mis palabras de consuelo, miré al gato que me maulló y llamé a Ana Adela. Estaba puesto el contestador con la voz arrugada de Aníbal. Casi cuelgo, pero se me ocurrió un mensaje, casi a último momento: "Misión cumplida".

Me fui al cuarto y empecé a vaciar los placards y el gato tras de mí. Me siguió al baño mientras buscaba mis cosas en el botiquín y no me abandonó hasta que las valijas estuvieron listas. Era el día posterior a Navidad y se me ocurrió que el gato merecía una despedida. Bajé al quiosco y compré petardos, cohetes y ametralladoras. Me pasé media hora abrumando al gato con explosiones, ruidos y luces que estallaban a su alrededor. Cuando me di cuenta de que había más olor a pólvora que a lavandina, me colgué un bolso del hombro, cargué mis dos valijas y puse la llave debajo del felpudo por si alguien quería volver a entrar a la mansión de Beshjaná.

EL NEORRENACENTISMO Y LOS "REVIVALS" (1852-1880)

(Por Alberto S. J. de Paula*)

La caída del gobierno de Juan Manuel de Rosas derivó, para las catorce provincias de la Confederación Argentina, en una crisis donde unas fueron actoras y otras espectadoras: el proceso crítico, en sí, se desarrolló en el Litoral cuya región entonces alcanzaba evidente superioridad respecto del interior, en cuanto a desarrollo económico y comercial; la transferencia de la sede política de Buenos Aires a Entre Ríos no fue sólo asunto de caudillos, sino también demostración de la continuidad del ejercicio del poder desde el Litoral sobre el interior, aun cuando desde el 11 de setiembre de 1852 Buenos Aires constituía un estado libre, escindido de la Confederación. Al cabo de casi diez años y tras avenencias (Pacto de San José de Flores) y desavenencias (Cepeda, Pavón), en abril de 1862 asumió Mitre en Buenos Aires la jefatura del Estado nacional que durante cuatro meses permaneciera acéfala; quedaba todavía por resolver la cuestión "capital de la república" que culminó recién en 1880, con la federalización de la ciudad de Buenos Aires, tras sangrienta lucha armada.

Durante el período 1852/1880 se desarrollaron dos importantes hechos concernientes a la efectiva expansión territorial de la república: la construcción de ferrocarriles y la colonización de la Patagonia; el primero estructuró el antiguo territorio de la Confederación sobre la base del nuevo medio de comunicaciones, de velocidad sin precedentes, y con el sistema centrado en Buenos Aires; el segundo permitió un gran incremento de superficies aptas para la explotación agropecuaria y, consecuentemente, de riquezas exportables a través del puerto metropolitano. Entretanto, una política de inmigración masiva permitía ocupar rápidamente áreas geográficas casi despobladas y contribuía a una europeización del país.

La arquitectura y su evolución estilística

El período 1852/1880, que registra cambios tan fundamentales para la vida nacional, es también una época de transformaciones para la arquitectura en sus características de estilo, programas, modos de producción y cantidad de obras; los cambios sociales causados tanto por la modificación del estilo de vida de las clases altas como por la influencia de la inmigración masiva, incidieron así en el carácter global de la arquitectura argentina.

A diferencia del neoclasicismo de principios del siglo XIX, que tuvo alguna (no mucha) influencia sobre la arquitectura porteña, pero casi ninguna fuera de ella, la tendencia neorrenacentista de mediados de ese mismo siglo se desarrolló con fuerza en toda la región litoral fluvial y, más débilmente, en las provincias del interior. Buenos Aires, Paraná, Concepción del Uruguay y Corrientes, al igual que Montevideo y Asunción del Paraguay (por sólo citar los centros principales) tuvieron entonces una intensa renovación edilicia, de gran semejanza en sus características programáticas y estilísticas, no menos que en la importancia global de sus obras y volúmenes de construcción.

La particularidad de la arquitectura bonaerense dentro del programa señalado es la doble vertiente del neorrenacentismo en boga: hay una influencia de origen italiano, cuyo precursor fue Pedro Fossati y cuyos máximos exponentes serían Nicolás Canale y su hijo José Canale, pero en Buenos Aires también hubo otro neorrenacentismo de origen inglés, materializado principalmente por Eduardo Taylor y Enrique Hunt. Ambas corrientes eran asemejables pero fuera de ellas apareció, también en el área metropolitana, el neomedievalismo que, aportado por arquitectos de origen británico y circunscripto al principio a unos pocos templos protestantes y al detalle ornamental de una que otra fachada cobró, hacia 1880, una considerable difusión nacional.

* Arquitecto